

# Las Madres de Plaza de Mayo

*“La memoria no acuña su moneda.  
Y sin embargo hay algo que se queda  
y sin embargo hay algo que se queja.”*

J. L. Borges

Darí­a la impresi3n que las p3ginas que siguen fueron inspiradas por la actualizaci3n reciente de esta problem3tica que parec­a ya enterrada, y que se inscriben en la misma arena de las confesiones, los arrepentimientos y las reconciliaciones. Pero no es as­. Todo sucedi3 antes; al borde de lo que suceder­a luego, pero antes. Y tuvo origen en la discusi3n que provoc3 entre algunos amigos (Gustavo Cosacov, Carlos Longhini, Oscar del Barco, Eduardo Lacoste, Carolina Scotta, H3ctor Schmucler, Sergio S3nchez) la intervenci3n de Hebe de Bonafini en una mesa redonda con motivo del aniversario del Cordobazo, el 29 de mayo de 1994 en la Facultad de Filosof­a de la UNC. En alguna conversaci3n con Nicol3s Casullo cobr3 forma la idea de un encuentro en Vaquer­as para pensar en com3n algunas inquietudes, intempestivas por entonces, en relaci3n con las Madres de Plaza de Mayo. El encuentro tuvo lugar a principios de diciembre de ese mismo a­o, y participaron tambi3n Ricardo Forster, Alejandro Kaufmann, Gregorio Kaminsky y Christian Ferrer. No se trat3 de un debate, sino de una conversaci3n, una concentraci3n en com3n sobre esto que a muchos toca m3s que intelectualmente, de manera vital; una reflexi3n conjunta en la que pudi3ramos ayudarnos mutuamente a comprender. Estos textos buscan continuar la conversaci3n, prefiriendo, por m3s fecundo, el di3logo sin voluntad de poder ni voluntad de saber, que sienta bien a la amistad, en lugar de propensiones pol3micas.

\* \* \*

Todo proviene de una incomodidad. Las Madres son, antes que nada, una incomodidad. Es decir, algo con lo que nada puede hacerse, ni construirse; algo que no se integra, ni podr3 nunca hacerlo del todo, a la sociedad “pacificada”; algo que m3s bien nos recuerda que esta democracia, esa paz, son “documentos de barbarie”, que “toda sociedad reposa sobre un crimen cometido en com3n”, que la sociedad-democr3tica-y-en-paz es inevitablemente un olvido. Una incomodidad,

las Madres, lo que se queda, lo que se queja y en nada contribuye al pacto de la vida con otros, ese delicado equilibrio de confianza, promesa y "anulación del pasado". Acaso el ángel de Paul Klee, en el que Benjamin veía el ángel de la historia, finalmente pliega sus alas, aunque la brisa siga soplando desde el fondo del Tiempo. Es que quizás toda sociedad tiene ángeles sin alas, que la política no puede transformar en su propia sustancia: esto es, en ciudadanos que no ven que el "crimen" que los convierte en tales, según la cita de Freud, en realidad está *en acto*, y por eso pueden -podemos- olvidar, perdonar, confiar y prometer. Vivir en paz.

Las Madres implican, en lo profundo, un hecho *no-político*, porque el mensaje implícito de su existencia en cuanto madres de hijos desaparecidos alude a una imposible anterioridad respecto al "crimen" que instituye lo político: *no-matar*. Pero un no-matar imposible, diferente del que prescribe el pacto: aquél remite a un no-matar anterior al asesinato ("nuestros hijos viven", he aquí el germen de la "locura"); éste -el del pacto- es un no-matar que sobreviene en el espacio abierto por el asesinato consumado.

Ningún castigo hace justicia -decía más o menos Grocio-, sólo impide que caigamos en una injusticia y una indignidad aún mayores. Pero esto se inscribe todavía en el registro de lo político; comprender la necesidad que las Madres expresan nos lleva, a lo mejor, a dar un paso en otra dirección. A veces he pensado que la intransigencia radical, *absoluta*, de Hebe de Bonafini (*no* a la remuneración económica, "asco" por los arrepentimientos, *no* a la investigación de restos óseos, etcétera) llevada hasta su más extremo y natural desarrollo deja también sin sentido el "juicio y castigo", puesto que de algún modo volvería real el escándalo de la muerte sin ritual. Quizás, en el fondo, el significado de las Madres no es principalmente "no-matar" sino "es imposible matar". El hijo muerto no es posible, es esto lo que irrealiza la remuneración, la investigación, el arrepentimiento y, en el límite, el castigo. Pues luego de todo esto sería necesario hacer estallar la civilización entera.

Las Madres generan incomodidad, mendigas que llaman a la puerta en el mejor momento de la fiesta para no aceptar ninguna dádiva; que impiden desviar la mirada. Sólo eso. Nada podemos aprender de ellas; ni ayudan a ser mejores, ni contribuyen a disminuir la barbarie, y seguramente tampoco conseguirán que *eso* de lo que fueron víctimas no ocurra "nunca más". Simplemente dicen, con su existencia, con su mensaje imposible, con su cuerpo -y muchas veces contra sus propias palabras-, la verdad de la que pende la sociedad humana, su lugar sacrificial, su insoportable secreto.

D.T.

“Demencia, el camino más alto y más desierto”

Jacobo Fijman. *Canto del Cisne*.

I. En su declaración del 25 de abril de 1995 ante las cámaras de televisión, el General Martín Balza calificó de “demencial” el terrorismo que las Fuerzas Armadas se vieron obligadas a enfrentar. Pero no hay que renunciar a repetirlo, el objetivo no era desarmar a las organizaciones guerrilleras, sino destruir un *estado de conciencia colectivo*. La “locura” de pensar en la transformación del mundo, la ilusión, ahora fracasada, de tomar atajos en la historia, la creencia en la posibilidad de resistir, era lo que había que *aniquilar*. La “subversión” a la que se alude como causa fundamental para justificar el horror, lejos de ser un demonio que venía a destruir la comunidad argentina, constituía una manifestación de la esperanza. Esto no significa que su triunfo no pudiera conducir eventualmente a un sistema totalitario. Es una constante de la experiencia política que los miembros de un grupo que desafía al orden constituido, una vez que logra acceder al poder no abandonan sus hábitos de dirección.

Desde una perspectiva global la subversión a la que ordenó aniquilar el gobierno constitucional en 1975, era un frente social que amenazaba la adaptación de la sociedad argentina, a las exigencias de la economía capitalista mundial y a los nuevos tiempos de la muerte de las ideologías.

Mientras los guardianes y verdugos de nuestro continente decían participar en la “tercera guerra mundial” - que, se presume, terminó con la caída del muro de Berlín en 1989-, los ingleses enseñaban a los jefes del Proceso que no se puede tratar a los kelpers como si fueran argentinos.

La llamada teoría de “los dos demonios” no es verdadera. La furia desatada por el Estado depredador, no es comparable con la blasfemia del subversivo. Y quienes quieren convertir a los militares, siervos del Estado, en el espantajo que sirve para desviar la “terrible mirada a un lugar oculto”, parecen salirse con la suya. Pero no. No hay que demonizar a ningún hombre, civil o militar. Lo satánico está en el Estado.

II. Tal vez no sea casual que después de la Guerra de las Malvinas y antes del final de la dictadura, apareciera en el diario mexicano *Uno más uno*, el escrito titulado “*Argumento para una novela que no escribiré*”, firmado por Jorge Luis

Borges. Hombres viejos conspiran y llevan a cabo el asesinato de un grupo de jóvenes, entre los que están sus propios hijos. El argumento de la novela, que Borges regala a cualquier lector, narra un *filicidio masivo*. Los hombres viejos destruyen *sistemáticamente* a los jóvenes, pasando por encima de la raíz de antiguas alianzas que preservan la simiente de la vida.

Ya garantizada la impunidad, comenzaron a confesar los asesinos. Las confesiones que se sucedieron a partir de la del ex capitán Adolfo Scilingo, fueron ocupando el ámbito abierto por ella, hasta lograr el montaje de una solidaria ignorancia entre víctimas y victimarios: “todos queremos saber la verdad de lo sucedido, pero es imposible reconstruir las listas de unos y otros”.

“Que callen”, dirá quizá la multitud, no tanto porque es insoportable lo que hay que oír, sino porque provocan a los asesinos -todavía entre nosotros, todavía *nosotros* en tanto miembros de una sociedad que no asume la vergüenza de su impotencia política para discriminar los actos que, de manera irreparable, la dañaron.

Este proceso, que culmina con el discurso del General Balza, dispuesto por vez primera a “mirar con ambos ojos”, puede ser conducido con relativa facilidad hacia una estrategia de reedición del miedo, expropiación de las víctimas y preparación de escenarios para futuros conflictos sociales. Por citar un ejemplo relevante, en algún momento de esa secuencia el propio Presidente de la Nación amenazó a los estudiantes movilizados anunciando que podría haber nuevas “madres de la Plaza de Mayo”. Incluso la alusión del discurso del General a los fantasmas, ya ha ganado la atención de algunos.

III. Las “Locas de la Plaza de Mayo” fueron conocidas al principio con ese nombre por obra de los poderosos que se burlaban de su espera “inexplicable”. Pero la locura y la verdad no se contraponen.

Cuando la noche era más oscura. Cuando, satánicamente, la maquinaria del Estado se puso íntegramente fuera de la ley y no existía límite para la furia, cuando emergió lo otro del orden filantrópico, mostrando su antinómica esencia, las Madres, el sábado 30 de abril de 1976, fueron por primera vez a la Plaza de Mayo.

Algunas se conocieron antes del golpe, porque el terrorismo de estado comenzó con la “triple a” y, junto con él, también el desesperado deambular buscando una respuesta.

Siempre elevándose a costa de su precariedad, siempre paradójicamente fuertes, cambiando el signo de la maldad con su doble negación, como cuando pudieron *permanecer* en la plaza de Mayo porque entregaron todas sus documentos de identidad a un policía que quiso identificar a una sola, pero tuvo que revisar trescientos. O cuando ordenaron fuego! a quienes apuntaban sus armas contra ellas,

provocando la perplejidad en quienes querían aterrirlas. O cuando comenzaron a *marchar* porque les prohibieron *permanecer* en los bancos de la plaza.

Si alguien creyera que las Madres de Plaza de Mayo son “opositoras” al gobierno, a cualquier gobierno, se equivocaría. Ellas hicieron público el genocidio cuando nadie se atrevía a hablar, porque la Corte Suprema de Justicia y los jueces de la República eran cómplices: activos o impotentes de la operación más cruel de nuestra historia como comunidad política, esto es, como Estado de derecho.

Si es tautológico hablar de “Estado de derecho”, como afirma la filosofía analítica, para la cual el Estado es derecho, la frase “terrorismo de Estado” ¿no implica acaso “desaparición del Estado”? No la desaparición del estado por “arriba” (el sueño anarquista de la disolución de todo aparato de coacción social, posible solamente en un mundo sin explotación del hombre por el hombre), sino la desaparición por “abajo”. Junto con la tortura, con la desaparición forzada de personas y el robo de identidad, organizados *desde el poder público*, fue destruido el “derecho del Estado” en su propio fundamento. El Estado terrorista, que por definición actúa violando su propia ley, es, sin embargo un estado y tiene su ley. Pero una ley filicida, que destruye la comunidad que ha sido engendrada por una ley ahora en ruinas. La forma de hacerlo consistió en mantener los tribunales abiertos, pero los ojos de los jueces cerrados. Las universidades y escuelas en plena actividad estimulando la alegría “sana” de los muchachos y muchachas, después de haber separado de entre ellos a los docentes y alumnos subversivos. Los trabajadores eran sometidos a la empresa y al sindicato intervenido previa cacería de los hombres que no se sometían. Pero hubo también que insuflar mucha “alegría” en el corazón del pueblo: mundial de fútbol, plata dulce y fuegos artificiales estruendosos y relampagueantes. Como los nazis, *nacht und nebel*.

De esos crímenes las Madres son mártires. Las Madres fueron y son esos testigos que -exponiendo su cuerpo- dan testimonio de la existencia y ausencia de otro cuerpo, secuestrado y negado por el poder público, que desafían el límite de lo creíble y provocan la furia del Cíclope Misántropo (que nunca podrá abrir los dos ojos), porque ellas mantienen abierto un *lugar de verdad*, esto es, de vacío y de peligro.

Las madres testimonian la desaparición del Estado. No son tan sólo un grupo de mujeres doloridas porque cada una perdió un hijo. La diferencia de las Madres con otras madres, no es el *dolor de madre que pierde un hijo*. En eso son semejantes. La *diferencia* está en que las Madres son madres de las víctimas de la *desaparición del Estado*.

Ellas no son la huella anacrónica, sino la llaga ardiente que sigue mostrándonos -proféticamente-, lo que es políticamente inaceptable y no queremos ver: la muerte del Estado. Cuando la desaparición del cuerpo de los hijos es la forma que adopta la

ausencia del Estado, cuya esencia es mostrarse, *su dolor es nuestra vergüenza*. Y si el milagro de la resurrección es creíble, seguramente no es frecuente.

“Argentinos, despierten!”, parecen decirnos las Madres, “el Estado ha desaparecido.... *La Ley*, el padre, nos ha abandonado”.

Ellas pusieron en evidencia que se aniquiló la subversión destruyendo, en primer lugar, aquello que había que salvar. Que la subversión que triunfó no fue la demencial, sino la demoníaca: aquella que se manifestó como la “violación en masa de su propio código penal” por parte del Estado.

IV. No quiero eludir en estas reflexiones el acontecimiento -íntimo y a la vez público- que hundi6 en la perplejidad a muchos y que otros directamente repudian: la más conocida de las Madres, Hebe de Bonafini, adoptó como hijo a un parricida. Ciertamente es, una vez más, paradójal que una “madre parida por sus hijos”, adopte como hijo a quien rechazó radicalmente a sus padres para poder, tal vez, rehacerse a sí mismo.

Dicen: “ella, que predica que no hay que matar, adopta un asesino...”.

Concedo que Sergio Schocklender pudo cometer el crimen por el cual cumplió la pena de prisión. Quisiera que esta reflexión fuera válida precisamente para esa hipótesis, puesto que su “inocencia” no ofrecería ningún aspecto negativo a la adopción.

La sociedad se escandaliza porque una madre de Plaza de Mayo acepta como hijo a quien cometió un crimen y pagó por él según lo establecido por la ley del Estado. Pero no se escandaliza porque los autores del genocidio conserven la impunidad, participen de cargos públicos y sean miembros del grupo gobernante. No se escandaliza porque aún no puedan recuperar su identidad los niños robados.

La sociedad que pide reconciliación con quienes no pagaron y que no acepta sin embargo el amor por su nueva madre del matricida recién liberado ¿es otra paradoja?

No sé si Hebe de Bonafini cree en el perdón pero, como dijo mi amigo jesuita Lucas Barbin en una conversación en la que tratamos de comprender, el castigo es una condición del perdón y Sergio Schocklender fue castigado. Lucas Barbin cree que lo que esta sociedad ha impedido a las víctimas es, precisamente, la posibilidad de perdonar.

Pareciera que Hebe de Bonafini estuviera diciendo: “al autor del crimen más grave de la ciudad, el parricidio, se lo puede perdonar. Pero el genocidio impune, es imperdonable porque niega la existencia misma de la comunidad ética que encarna el Estado”.

V. Con palabras de René Char<sup>1</sup>, las Madres “desbordan la economía de la

creación, acrecentando la sangre de los gestos”, “nos recuerdan la prisión y la muerte para unos, y la trashumancia del Verbo, para los otros”.’’A partir del momento en que los caminos de la memoria se han cubierto de la lepra infalible de los monstruos, encuentro refugio en una inocencia en la que el hombre que sueña no puede envejecer ¿Pero valgo lo bastante para imponerme el sobrevivir, yo, que en este Canto a Vos me tengo por el meros semejante de mis semejantes?’’.

G. C.

<sup>1</sup> *Furor y Misterio*, Visor, Madrid, 1979.

Las Madres son la memoria de una actualidad y no el recuerdo de algo pasado. Memoria extraña, porque en ella todo es presente.

Disuelven el tiempo que va desde el pasado al futuro al hacer del presente un absoluto, sin dimensiones y sin horizontes.

Las madres viven la actualidad del secuestro de sus hijos. Es ese instante el que fractura el tiempo habitual instalando en su temporalidad una nada de tiempo que es esencial para el propio tiempo.

Al reclamar a sus hijos con vida encarnan la voz que ordena *no matar*.

La transcendencia es la que dice “no matarás”.

El “no matarás” le prohíbe al hombre arrogarse el poder de atentar contra la vida del otro hombre, pues también él es una forma de lo que llamamos “Dios”.

Las Madres señalan, así, el límite de cualquier conducta, el límite que separa lo posible de lo imposible, la ley humana de la ley transcendente.

Mientras la sociedad legisla el “no matar”, ellas lo vuelven lo que es: una proclamación.

*Ahora* se está oyendo el “no matarás”, no como un enunciado que fue dicho en el comienzo de los tiempos sino como un mandamiento vivo -es lo que dicen las Madres-.

Las Madres son “locas” porque exigen la aparición con vida de sus hijos muertos.

El desconocimiento de la muerte de sus hijos no es un medio para impedir el olvido. Es un desconocimiento puro que impide el olvido por el hecho de su

existencia.

Para las Madres sus hijos están vivos en un *ahora* que *no puede pasar*.  
Son *locas* porque es imposible vivir esa constante resurrección.

No se trata de aceptar o no aceptar la muerte sino del acto manifestado, sobre el que no cabe ninguna duda y ningún cuestionamiento.

La desaparición de sus hijos está ocurriendo constantemente, y ellas asumen la constancia y son asumidas por la constancia, por el punto evanescente y a la vez eterno de lo vivo.

La desmesura que actualiza el “no matar” excede todo orden.

La desaparición no es pasible de duelo, por ser el suceso que excede cualquier categoría y costumbre.

Las madres son las que viven el hecho de que sus hijos muertos estén vivos.  
Están vivos porque es imposible decir que están muertos.

El no poder verlos, tocarlos, olerlos, es la evidencia de la posibilidad de que estén vivos, y en esa infinitamente pequeña posibilidad de que estén vivos, está todo.

*Todo* quiere decir la posibilidad de que estén vivos, aunque sea imposible.

Al exigir la presencia de sus hijos vivos cumplen con el mandato de una Ley que las trasciende.

Su intransigencia va más allá de su humanidad, pues si callaran el “no matarás” sería nuevamente olvidado.

En una sociedad que vive matando ellas son la voz que ordena *no matar*. Son sus voces las que transforman la letra muerta en un acto vivo.

Cercadas por el mal de los que matan, así como por el olvido y la indiferencia, ellas profieren el “no matarás”, llaman al “no matarás”.

Son *locas* porque ven y oyen lo que no se puede ver ni oír, salvo que se acepte esa locura.

El desconocimiento de la muerte hace presente la presencia, aun más hondo que la memoria.

Al detener el movimiento del mundo nos permiten ver algo del misterio. Nos muestran que se está produciendo algo que abarca la totalidad del ser, un suceso que imprime en todo lo que es un signo trascendente: no somos nada sino que somos, y este ser es lo primero y lo último de cada hombre. Lo que dicen y sacan a luz las Madres es la sacralidad de los hombres.

Se trata de un acto que se interna en lo imposible.

De la memoria del ser que nos vuelve seres humanos.

Elas producen el acontecimiento de la responsabilidad común. Un aconteci-

miento del que formamos parte. De alguna manera ellas nos asumen como hijos convirtiéndonos en “madres” de otros hijos.

Son la conciencia de la responsabilidad que cada hombre tiene frente a cualquiera y a todos los hombres.

Son la responsabilidad de una decisión que llega hasta la muerte y la tuerce. Su decisión llama a nuestra propia decisión, la implica.

\* \* \*

Al hablar de las Madres de la Plaza de Mayo siento como si me hallara frente a una inmensidad que no puedo abarcar, ni, por lo tanto expresar. Es la desmesura la que enmudece. Y sin embargo no puedo, al mismo tiempo, callar.

Creo, en profunda respuesta al reclamo de la palabra, que sin las Madres estaríamos perdidos.

Quiero decir que estaríamos perdidos en cuanto comunidad de seres humanos que se consideran responsables de lo que le puede suceder y de hecho le sucede al otro, al semejante.

Creo que las Madres son lo más real de lo real, el punto en que el hombre se encuentra con el otro hombre, y con lo otro del hombre, en una suerte de recapitulación que a la vez que somos nosotros, esencialmente, nos trasciende también esencialmente.

Ellas dicen que si no se hace justicia entonces no hay justicia. Y sin justicia no se puede crear, ni amar, ni vivir.

Si los asesinos de decenas de miles de seres humanos fueron absueltos, ¿qué justicia y qué Ley puede ordenar la vida?

Por eso ahora la justicia son ellas, porque su exigencia de justicia aún hace posible la justicia.

Ellas encarnan en sus cuerpos, de sacrificio, y en sus almas, dolientes, el *no matarás*. Son el *no matarás*. Aunque de hecho se mate, *no se puede matar*. Ese es el mandamiento a partir del que se puede pensar en un mundo posible donde viva el hombre.

Es el lugar donde los hombres se unen o se separan de la trascendencia.

*No se puede matar* porque el hombre, tanto uno como el otro, es lo que se llama un “hijo de Dios”.

De alguna manera eso que nos excede infinitamente y a lo que balbuceando llamamos Dios, está en ellas.

Se dice hijo de Dios al-unido con su semejante por el amor, por ser esa unidad realizándose en cada uno y en todos.

Ellas dicen que “todos somos hijos”, y que por eso pertenecemos natural-

mente a esa calidad que es el amor, el que va hasta el extremo y más allá del extremo de la vida. Basta sentir al hijo para que estas palabras se vuelvan realidad.

Son “locas” porque hicieron lo contrario de la “cordura” y la “razón”: hablaron cuando hablar de lo que ellas hablaban equivalía a la posibilidad de morir; juzgaron a los criminales cuando los jueces callaban o avalaban; los maldijeron cuando los sacerdotes los justificaban; se movieron cuando casi todos estábamos paralizados por el miedo.

Hicieron caer todas las máscaras (las de los militares y los políticos, las de los jueces, las de los sacerdotes, las de los artistas y los intelectuales), y ya no podemos ser como antes: ahora sabemos un poco más lo que somos.

El de ellas fue y es el don trágico de la proclamación de una realidad y de un deber que nos trascienden.

Cuando dicen que fueron paridas por sus hijos, nos implican a todos, nos mancomunan. Ellas son hijas de sus hijos, y sus hijos son hijos de ellas. Este es el acto supremo de la responsabilidad y de la justicia, lo que sostiene y alimenta la justicia.

Ellas están sostenidas, alumbradas y habladas por sus hijos. Ellos viven en la vida de ellas. Están vivos como cuando se los llevaban a la muerte. Sí, este es el acto de una locura que traspasa todo, y que es cierta.

Confieso que en las Madres hay algo que me supera totalmente y que así escapa a mi comprensión. Sin embargo, en voz muy baja, venciendo la mudez, digo que ellas son, o, más bien, creo que son (¿cómo se las podría llamar de otra manera?) la *voz de Dios*. Desde hace años estamos frente a la gravedad de este hecho. Podemos afirmarlo o negarlo, porque no hay medias tintas, pero si lo negamos o si lo afirmamos...

*A mi amigo Nahmen:*

Me parece que los dos, más allá de la superficie, hablamos de cosas distintas. Decimos las Madres de Plaza de Mayo, pero no nos referimos a lo mismo.

Yo distingo entre lo que son las madres en su vida privada y lo que es el *estado* de Madre, algo así como el estado gravitatorio o el estado de éxtasis: un punto de suprema intensidad que de ninguna manera puede confundirse con sus diversas actividades de orden social. Mi idea es que existen puntos, o lugares, de dolor común, colectivo, que son como los vértices últimos, sin más allá, que emergen

públicamente, en este caso en la *plaza*. Esos puntos son los hijos, no las Madres; éstas son las que recogen ese dolor y lo proclaman, lo hacen vivir.

Por eso no creo que sean ellas las que pueden perdonar; los que podrían perdonar son las víctimas; las Madres sólo pueden perdonar el dolor de ellas como madres, pero como Madres sólo le es dada, creo, la proclamación. No pueden representar el dolor de sus hijos: los hijos, allí, son sin padres ni madres, ellos son padres y madres.

Las Madres serían el lugar, la voz, de ese dolor que habla, pero no son ese dolor. Y no son esa voz cuando, por ejemplo, hablan de política, ya que esa voz no necesita hablar, o habla por presencia. Lo que yo señalo en ellas es este sentido, algo real, pero a la vez de una casi imposible expresión.

Matar a veinte mil seres humanos *así*, es el hecho real, el más real, el que cubre todo, el que refiere todo. Una especie de remanso donde todo gira sin tiempo, que no se puede desconocer, ni obviar, ni tapar.

Cuando se dice de una muerte que “clama justicia” es porque realmente clama justicia. Hay que oír el clamor de esas muertes horrendas para ver la dimensión donde las Madres de la Plaza de Mayo hablan y pueden ser habladas, más allá de lo que digan, como solo decir, ya no madres, ni hijos, ni nada, como debe ser el alma: nos hablan, no a nosotros, sino en nosotros, que nos volvemos su habla. Las Madres, como madres, pueden hacer lo que quieran, Madres son los hijos, los que claman, este es el problema según yo lo entiendo. Decir que el “deseo” de muerte violenta y de odio está en sus dichos, puede ser cierto en algunas y en otras no; pero aunque fuera cierto creo que ellas, en lo que son esencialmente, expresan el “no matarás” de los hijos: los hijos, en medio de su dolor trágico, seguramente decían “no me pueden matar”, lo que significa “no se puede matar”. Ellas, como Madres, muestran, hablan, eso de sus hijos, por eso los hijos son las verdaderas Madres. Pero después esas Madres, que como tales hablan la voz del hijo, que así las engendra, vuelven en sí y puede odiar, vengarse.

Casi, perdoname por decirlo, es la estructura trágica, un juego de voces, de iras, de proclamaciones, que se desplazan en un medio lleno de horror y piedad. Creo que algo semejante deben haber sido los profetas: reyes, pastores o comerciantes, que comúnmente hacían lo que hacen los reyes, los pastores y los comerciantes, hasta que eran tomados por la Voz más alta que hablaba en ellos que se volvían nada para ser profetas, y que después de serlo podían seguir siendo seres humanos como cualquier otro.

Tal vez lo último, la verdad de esa locura, esté en la voz de otra Voz, y no, agregaría, en vivir y exigir cosas imposibles.

Pero más aún, lo que yo siento es que ese lugar que llamamos Madres es el lugar donde no podemos dejar de advertir el Eso, o, más precisamente, el llamado de

Eso, que fuera de toda vacuidad y cotidianeidad nos hace mirar, oír, reconocer lo absoluto que somos.

Lo marginal, aun en todo su tremendo dolor, son las madres de las Madres, porque lo que cuenta en la *plaza* son los hijos engendrando a las Madres y a los que quedamos, para darles voz, para testimoniar en el hecho. Por eso creo que el valor de las Madres es haber llevado a lo abierto, a la Plaza, una exclamación que nos implica a todos y al todo. Para poder hacerlo nos necesitaron y nos necesitan, como nosotros las necesitamos a ellas. En un sentido las Madres, las madres y nosotros somos lo mismo.

*O. d. B.*